

PRONUNCIADO

EN LA UNIVERSIDAD DE SAN CARLOS,

EL 20 DE OCTUBRE DE 1851,

EN LA

APERTURA SOLEMNE DEL CURSO ACADEMICO,

POR EL

SR. DON JOSE FARFAN,

Licenciado en Medicina,—Profesor de Filosofía y de ciencias accesorias á la Medicina, en la misma Universidad.

SE IMPRIME POR ORDEN DEL GOBIERNO.

1851.



Sapientia autem est, ut á veteribus philosophis definitum est, rerum divinarum et humanarum, causarumque quibus eæ res continentur, scientia: cujus studium qui vituperat, haud sane intelligo quidnam sit quod laudandum putet. (Cic. de officiis, lib. II § 2.)

SEÑORES:

CUANDO tratamos de hacer alguna cosa, es muy natural que examinemos con cuidado la utilidad que vamos á reportar de conseguirla, y al mismo tiempo que busquemos con la mayor atencion los medios mas adecuados para alcanzarla. El espíritu de los estatutos de esta Universidad al ordenar que, despues del periodo de descanso concedido á la juventud, se abran las clases comenzando por un discurso dirijido á sus alumnos, no es otro que el de animarlos á que continúen con la mayor constancia sus estudios. Desde la fundacion de este establecimiento literario, tal discurso ha sido recomendado á muchos oradores, que, con las palabras mas persuasivas, han cumplido su mision. A mí por segunda vez se me ha confiado este encargo honorífico, y, si para llenarlo debidamente bastase el ardiente deseo que tengo por la ilustracion de la

juventud, estoy cierto de que no tendria quien me aventajase. Pero es preciso cumplir con el objeto de los estatutos: esto es, encarecer el estudio de las ciencias manifestando las incalculables ventajas que tienen los hombres que las cultivan, á fin de despertar en los jóvenes la noble ambicion de poseerlas. ¿Mas quién podrá hacer la historia y el encomio de todas ellas en los estrechos límites de un discurso? Yo me limitaré, pues, en esta breve oracion á decir algo sobre el estudio de la filosofía, por considerarla como la base fundamental de todas las ciencias, ó como la ciencia misma.

Mas, ¿qué se entiende por filosofía? Refiere la historia que habiendo ido Pitágoras á Philiasia, y habiendo hablado muy largamente con el rey Leon, admirado éste de la sabiduría de aquel, le preguntó, cuál era el arte que profesaba. No profeso ninguno le respondió; *soy filòsofo*. Y el rey, no comprendiendo la significacion de esta palabra, pidió se la explicase el mismo Pitágoras, quien le hizo entender, que aquellos hombres que se dedicaban al estudio de la naturaleza de las cosas, eran los que se llamaban filósofos. De manera que, segun el célebre inventor de tan bello y modesto nombre, debemos entender por filosofía la contemplacion de las causas, efectos y naturaleza de las cosas. Ciceron la define diciendo, que es la ciencia de las cosas divinas y humanas; comprendiendo en estas pocas palabras todo lo que es digno de la meditacion de los hombres. Asi es que, los lejisladores que discuten de buena fé cuáles deben ser las leyes mas adecuadas para gobernar su pais; el moralista que estudia los delicados y numerosos resortes del corazon humano; el fisiolojista que investiga la naturaleza y facultades de este ser misterioso que piensa, quiere y delibera den-

tro de nosotros; el teólogo que nos prueba la verdad del evanjelio y nos demuestra de la manera mas positiva que hay un Ser Omnipotente y necesario, causa primordial de todas las cosas; el naturalista que estudia la complicadísima y delicada trama de los seres organizados, y la precision, uniformidad y sencillez de los inorgánicos; el físico y el químico que ocupados de las propiedades de la materia de que estan compuestos los cuerpos, los pesan, miden, componen y descomponen, todos merecen el nombre de filósofos.

La filosofía no es una ciencia nueva: existe desde que los hombres pusieron en ejercicio su razon. Mas esta, que no siempre ha podido seguir el camino recto de la verdad, se ha estraviado muchas veces, resultando de aqui la multitud de sistemas y de sectas filosóficas que han aparecido. Por desgracia hubo una escuela fundada por un jenio superior que se sobrepuso á todas los otras y estendió su dominio al mundo entero. Fué en el Peripato donde Aristóteles forjó las cadenas colosales con que, sin querer, aprisionó de tal manera el entendimiento humano, que este no pudo, por espacio de muchos siglos, marchar hácia delante; hasta que dos hombres eminentes, Bacon y Descartes, rompieron aquellas cadenas, y la intelijencia apareció radiante caminando á pasos largos por el sendero de la verdad. Al silojismo fué sostituida la induccion, á la síntesis la análisis, á las categorias los hechos y á los sistemas ontolójicos la observacion y la esperiencia.

Desde esta época el espíritn del hombre, libre ya del velo fascinador que le cubrió, dirijió sus miradas penetrantes por todo el universo. Ora se encumbra á las rejiones celestes y contempla la marcha de los astros, midiendo su veloz carrera en el compas de la jeometria: ora se acerca al sol, y le ve fijo en su tro-

no candente, rejir como un monarca á todos los planetas: ora apoderándose de los rayos fulminantes, los sujeta y juega con ellos segun su voluntad. La tenuísima luz, el fuego abrasador, el aire y todos los demas gases invisibles, los mide, los pesa, los combina y descompone. Otras veces, sin levantar los ojos á las rejiones superiores, contempla la diversidad de seres que habitan nuestro globo: desde el hombre, jefe augusto del reino animal, hasta el infusorio imperceptible; desde el majestuoso cedro, hasta el humilde musgo; desde el durísimo y codiciado diamante, hasta el cieno despreciable. Todo, todo es objeto de sus estudios, todo lo analiza y lo sujeta á clasificaciones metódicas.

La curiosidad indagadora del hombre es insaciable: su deseo de saber no tiene término, como tampoco lo tienen las obras de la naturaleza. Esta es un gran libro, cuyas pájinas son infinitas, y que está abierto á los ojos de los espíritus contempladores. Cualquiera que con la luz del análisis lo rejistre, hallará siempre nuevos fenómenos que admirar y nuevas aplicaciones que hacer de los cuerpos para el uso económico de la vida.

La filosofía no es una ciencia vana. Léjos de eso, es el estudio mas propio del hombre: es el estudio que ha civilizado y engrandecido las naciones. Porque ¿cuáles son las mas civilizadas y poderosas? ¿No son aquellas donde se crean y perfeccionan las artes? Pero las artes son hijas lejítimas de la filosofía: ella inventó los telares que nos visten, el arado que nos alimenta, los navios que nos trasportan: suyas son la escritura, la imprenta, la brújula, y suyos el telégrafo eléctrico y el poderoso vapor. Si, las artes no son mas que la espresion material del pensamiento; los pensamientos brotan de la cabeza de los hombres que meditan constantemente

en los fenómenos de los cuerpos, y tales hombres son los que se llaman filósofos.

Inutilmente perderémos el tiempo si queremos anivelarnos á las naciones civilizadas sin poner los medios oportunos para conseguirlo. Estos medios no son las cartas constitutivas en que se nos declare soberanos, iguales: no, estos han sido sueños de nuestros compatriotas. La esperiencia con su mano inexorable ha rasgado el velo de nuestras ilusiones. ¿Cómo puede llamarse libre un pueblo que duerme profundamente en la noche obscura de la ignorancia? La mas dura esclavitud es la del entendimiento: este es esclavo cuando la ignorancia le tiene aprisionado en sus cadenas, y estas cadenas no se rompen por sí mismas: es preciso fundirlas poco á poco en el crisol de la filosofía.

Como una prueba de esta verdad examinemos, aunque de paso, los hechos que han tenido lugar en nuestro pais. A consecuencia de habernos declarado libres, iguales, soberanos, creyendo que de este modo nos engrandeciamos, vimos al humilde artesano, que jamas habia salido del estrecho círculo de su taller, dictando leyes á la nacion que ni conocia ni habia estudiado: vimos al sencillo labrador obligado á dejar los rudos instrumentos de la agricultura para venir á desempeñar los delicados oficios de majistrado: vimos desprestijiada la autoridad, pues se confundieron el súbdito con el gobernante; vimos en fin, insurreccionarse los pueblos y derrocar á un gobierno que, no sin fundamento, creyeron se estaba burlando de ellos; y pidieron que se les dejase vivir tranquilos y no se les fatigase mas con una libertad tan opresora, con una soberanía tan avasallada y miserable y con una igualdad tan quimérica y risible.

Pero mientras aquellas lejislaturas, acaloradas en sus disputas, quisieron engrandecer nuestra na-

cion con solo decirlo en sus decretos, otra corporacion, compuesta de amigos del pais, sin ostentacion y sin aparato, se ocupaba en sembrar el nopal en nuestro suelo y en crear y propagar la cochinilla. Felizmente sus ensayos correspondieron á sus deseos; se propagó al infinito el insecto, cuya sangre, tan útil para la tintorería, fué buscada con avidéz por el industrioso estranjero. Asi es que, la cochinilla es la que mantiene abiertos nuestros puertos, es el artículo mas pingüe de nuestro comercio, es la fuente principal de nuestra riqueza, y por ella, últimamente, hemos contraido relaciones honrosas con muchos gobiernos de Europa.

He aquí, pues, cómo el cultivo de una sola planta, la propagacion de un solo insecto, nos ha colocado en el rango en que hoy estamos. Y, ¿cuál sería nuestra posicion, si en vez de perdernos en eternas cuestiones políticas, estudiásemos la naturaleza física de nuestro pais, y explorásemos los tesoros inagotables que contiene? Si el estudio de las ciencias naturales es el que ha enriquecido las naciones ¿qué será con el tiempo de la nuestra que se halla en una posicion geográfica tan ventajosa, y en donde la naturaleza nos convida á que la estudiemos para darnos despues con mano abierta, gloria, poder y riqueza? Bajo un cielo siempre sereno, colocados dentro de los trópicos, bañadas nuestras costas por el pacífico y el atlántico, cruzado nuestro suelo por mil arroyos que le riegan en todas direcciones, con valles espaciosos y cordilleras de elevadas montañas, con una vejetacion siempre variada y continua, con animales de toda especie y minerales de toda clase; viviendo asi bajo la influencia de una eterna primavera, podemos decir sin exajeracion que estamos en el Paraiso. Empero,

tenemos un pecado....un pecado muy grave. Nó el pecado de querer saber, como el de nuestros primeros padres, sino por el contrario, el de no querer saber nada....¡y no permita el cielo que venga un jenio codicioso á arrojarnos de aquí con su espada conquistadora!

Parecerá estraño que habiendo ofrecido en el principio de este discurso hablar de la filosofía, y siendo tres sus grandes objetos, Dios, el hombre y el universo, yo hasta aquí no me haya ocupado mas que del último; mas si he procedido de esta manera, es porque nosotros casi nada sabemos del estudio del universo, porque acaso es lo único que necesitamos para nuestra prosperidad, y porque es el estudio en que se pueden hacer progresos.

En efecto, ¿qué nueva conquista podrá hacer el hombre en los estudios morales? ¿Qué nuevas máximas podrá añadir á la doctrina que predicó el Divino Rejenerador de las sociedades? ¿Podrán los hombres dar otras leyes mas sabias que las que Dios escribió con su dedo omnipotente en aquellas tablas de mármol? Si para dirijir las acciones de los hombres es preciso conocer el corazon humano, ¿quién será el filósofo que lo pueda conocer mejor que Dios que lo formó?

La historia nos dice que esos filosófos nó han hecho mas que desbarrar: que el jénero humano con justicia ha despreciado sus sistemas, ya porque enervaban los resortes del corazon hasta paralizarlo, ó ya porque los violentaban de tal suerte que los hacian pedazos. Pero apareció la moral evanjélica y desde entonces el mundo tiene una doctrina que aprender, sin riesgo de engañarse, y un perfecto modelo de virtudes á quien imitar.

Hagamos la prueba de arreglar nuestra conducta á los principios emitidos por algunos filó-

sofos. Borremos del corazon del hombre esta divina palabra: *caridad*, y sustituyámosla con esta otra de Epicuro: *placer*; y nos hundiremos al instante en el fango de los vicios; nuestra salud quedará marchita; nuestra alma embrutecida y una muerte prematura nos arrancará la vida en medio de los mayores tormentos: borrémosla, para sustituirla con esta otra de Zenon: *indolencia*; y veremos estremecerse la naturaleza, secarse las lágrimas de una madre que ve espirar á su hijo, y á los hijos despreciar á sus padres ancianos y achacosos: nadie llora, nadie se enternece, porque el estoicismo condena los afectos dulces del corazon. Borremos, en fin, aquella santa palabra, y escribamos esta otra de algunos modernos: *utilidad*; y al momento no habrá amigos á quienes favorecer, no habrá patria á quien amar. El corazon endurecido no tendrá el placer espansivo de dar, ni el consuelo de recibir. El egoismo quedará triunfante: la beneficencia proscrita y la gratitud desconocida. Es imposible, pues, que haya otra moral mas conforme y adecuada á la naturaleza humana, que aquella que está fundada en este principio: *ama á Dios y á tu prójimo como á tì mismo.* Ninguna doctrina de los hombres será tan acabada y tan perfecta como la que encierra el evanjelio: la filosofía no tiene pues que añadir ni quitar nada á esta obra tan sublime.

Lo mismo sucede con respecto á las ideas que tenemos de Dios y del alma: nuestra relijion nos escusa de que perdamos el tiempo en vanas cavilaciones acerca de su naturaleza. Lástima dá ver á aquellos filosófos que quieren explicar la grandeza y armonía en que estan colocados todos los seres que componen el universo, sin recurrir á una causa primera, eterna, necesaria, intelijente y po-

derosa: ellos no saben leer en esos caracteres de luz que estan esparcidos por el espacio infinito, esta sencilla frase: *hay un Dios.*

Dá igualmente compasion ver á otros que se empeñan en persuadirse, y en querernos persuadir, que no somos mas que máquinas; y que sin libre albedrio, obedecemos á un destino ciego que nos conduce á un punto cualquiera. Esto es romper enteramente los lazos domésticos y sociales; negar la virtud; negar el vicio; entronizar el desórden y desterrar la justicia. ¡Oh cuánto cavilar para hundirse en un caos de tinieblas! ¡cuántos afanes para degradarse, y perder todos los encantos, consuelos y beneficios que la relijion nos presta desde la cuna hasta el sepulcro! La filosofía que no mejore nuestras costumbres, y que al dejar esta vida miserable no nos dé la mano para pasar á la eternidad, no merece tan bello nombre.

Venturosos vosotros, jóvenes guatemaltecos, si á la sombra apacible del evanjelio, estudiaseis las obras de la naturaleza. La tierra, el mar, los cielos y aun mas allá todavia, es el campo inmenso que á vuestras contemplaciones ofrece la filosofía. Venturosos vosotros, si enriqueciendo vuestros talentos con una sólida y verdadera instruccion, contribuyéseis á la felicidad de la patria, que tiene cifradas en vosotros sus mas bellas esperanzas. Venturosos, si libres de la corrupcion y de la impiedad, fortificais vuestros corazones con la sublimidad de las virtudes. Dios, el hombre y el universo: he aquí los asuntos que teneis que contemplar. Emplead, pues, la primavera de vuestra vida en objetos tan dignos y tan grandiosos.